

en que se hallaban los Judíos cuando Taraca, rey de Etiopia, proyectó socorrerlos. Era un pueblo dividido y despedazado, aunque terrible desde su origen y en la serie de los siglos, un pueblo que aguarda, y aguardando se ve hollado, y cuya tierra es assolada por los rios que la inundan.

La Vulgata que en el V 2. traduce: *A la nacion desgajada y despedazada*, pone en el V 7: *Por el pueblo desgajado y despedazado*. El hebreo usa de las mismas expresiones en ambos versos, y la palabra *convulsam* (*desgajada*) de la Vulgata, podria ser una errata, en lugar de *divulsam* (*dividida*) que parece mas acomodada al hebreo y al asunto. La nacion judía estaba *dividida* por la separacion de las diez tribus, y *despedazada* por las incursiones de sus enemigos.

La Vulgata en el V 2. dice: *A el pueblo terrible, despues del cual no hay otro*; y en el 7. *Por el pueblo terrible, despues del cual no hubo otro*. El pueblo judío fué el mas terrible por las victorias que Dios le habia hecho alcanzar sobre sus enemigos. El hebreo puede significar: *A el pueblo terrible, desde que él fué, y en adelante*. El judío fué terrible desde su origen por los grandes golpes que Dios en favor suyo descargó sobre Egipto, y despues por todas sus ventajas sobre los Cananeos y demas enemigos.

La Vulgata en fin, dice en el V 2: *A una nacion esperanzada y hollada, cuya tierra robaron los rios*; y en el 7: *Por un pueblo esperanzado y hollado, cuya tierra robaron los rios*. La repeticion de la palabra *expectante* (*esperanzada*) en el V 7. se halla tambien en el hebreo repetida en el V 2. y podria traducirse: *A la nacion esperanzada, esperanzada y hollada*. La nacion judía estaba aguardando el socorro del Señor, y entre tanto, se vió hollada por sus enemigos á la manera de una tierra assolada por inundacion de los rios: los diferentes pueblos que en diversos tiempos invadieron las tierras de Israel y de Judá, fueron semejantes á otros tantos rios, cuyas aguas las hubieran inundado y destruido: el ejército de los Asirios que entónces cubria á Judá, es representado bajo esta imágen por Isaías: *He aquí que el Señor traerá sobre ellos las aguas impetuosas y abundantes de un gran rio. Esto es, el rey de Asiria y todo su poder:.... se difundirá en la tierra de Judá, y la inundará hasta que el agua le llegue al cuello* (1). Así es que todos los caracteres del pueblo á quien se dirige la embajada del rey de Etiopia, convienen á la nacion judía, á la cual en efecto proyectó socorrer Taraca, rey de Etiopia.

(1) *Isai. viii. 7. et 8.*

DISERTACION

SOBRE

LA HERMOSURA DE JESUCRISTO

CON MOTIVO DE ESTAS PALABRAS DE ISAÍAS.

NO TIENE BRILLO NI HERMOSURA: LE VIMOS, Y NO ATRAÍA NUESTRAS MIRADAS. *Is. cap. LIII. V 2.*

El soberano respeto y la profunda veneracion que se debe á la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo, nos obliga á hablar de ella con la mayor consideracion. Vemos el peligro de quedar demasiado cortos, ó de excedernos en materia tan delicada; pero esperamos tratarla sin faltar al respeto á Jesucristo, ni á lo que la religion exige de nosotros. Hablarémos del Señor en cuanto hombre; no consideraremos sino su cuerpo, lo compararemos con los mortales que se juzgan hermosos ó feos, sin pretender por eso confundirlo con los demas hijos de los hombres: sabemos la infinita dignidad de su humanidad santa, hipostáticamente unida á la divinidad; y si por un momento corremos un velo sobre su ser divino, es con el único objeto de contemplar mas fácilmente aquella humanidad, sin quedar deslumbrados por el resplandor de la divinidad, de la cual no puede separarse.

Por diversa que sea la opinion de las naciones acerca de la hermosura, convienen todas en un sentido general fundado en cierto no sé qué, que es difícil definir. Hay pueblos que prefieren el color negro, otros el obscuro, otros el de olivo, otros el blanco: á unos agradan las narices grandes y aguileñas, á otros las pequeñas y chatas; algunos gustan de ojos pardos, á otros agradan los negros; pero todos convienen en que un talle es bello, de un grueso proporcionado, un aire magestuoso, unos modales con gracia; ojos grandes y vivos, una boca bien hendida, una tez igual y delicada, un aire fácil y desembarazado, y una constitucion firme y vigorosa, forman lo que en todos los paises y en todos los pueblos caracterizan una bella persona. Al contrario, un cuerpo contrahecho, una talla mezquina, un aire de fatuidad, un rostro poco ventajoso, un paso vacilante, miembros mal proporcionados, y una apariencia austera y chocante, en ninguna parte del mundo se calificará de hermoso. Pero sin tener aquellos defectos, ni poseer todas las cualidades que hemos mencionado, se puede estar en el medio entre la belleza y la deformidad; y tal es el estado de la mayor parte de los hombres, que sin pretensiones de hermosura se ofenderian de que se les llamara deformes.

I.
Al hablar de la belleza de Jesucristo, solo se considera en cuanto hombre. Diferente gusto de las naciones sobre la belleza humana. Punto en que conviene el gusto general.

II.
Opinion de
los que juz-
gan que Je-
sucristo fué
el mas her-
moso de los
hombres.

Los que están á favor de la hermosura de Jesucristo, creen que en esta materia no puede haber exceso. El Salmista declara expresamente que fué el mas hermoso de los hijos de los hombres (1). Su temperamento debió ser el mejor que haya existido nunca: ninguna de las causas que pueden hacer á un hombre deforme concurre, ni al concebirse, ni al formarse, ni al nacer, ni despues en el discurso de su vida, en la que guardó siempre infinita prudencia y moderación. Los excesos de los padres, las incomodidades del embarazo, las dificultades del parto, los extravíos de la imaginacion de una madre, influyen mucho en el temperamento y presencia de los hijos. Jesucristo lo era de una vírgen en todo purísima y en todo moderada, cuya fantasía no estaba sujeta á los defectos que son en las demas consecuencias del pecado original. Los vicios, las enfermedades, los accidentes imprevistos, arruinan la salud y la belleza, perjudicando á la buena constitucion: nada de esto pudo haber en Jesucristo, y por consiguiente su hermosura debió ser extraordinaria.

San Gerónimo (2) dice que el resplandor que brillaba en su rostro, y la magestad de la divinidad que resaltaba en su cuerpo, eran capaces de atraer á la primera vista hácia este hombre Dios, los corazones de cuantos tenian la felicidad de mirarle. Se advertia desde luego en sus ojos (3) un brillo celestial, y la grandeza propia de Dios se percibia en su semblante. ¿Cómo (4) hubiera podido aficionarse á su persona á los apóstoles? ¿Cómo hubiera podido postrar en el huerto de las Olivas á los que venian á prenderle, si su persona nada hubiese tenido de extraordinario? San Juan Damasceno (5) dice que habiendo enviado el rey Abgaro un pintor para retratar á Jesucristo, el artífice quedó tan absorto al contemplarlo, que se vió obligado á abandonar su empresa; pero el Salvador, no queriendo que quedase frustrada la devocion de Abgaro, tomó el lienzo, y aplicándole á su rostro, imprimió su imágen que envió al rey.

Nicéforo (6) dice que S. Lucas pintó los retratos del Salvador, de su santísima Madre y de sus apóstoles, y que por este medio se han conservado sus imágenes y extendiéndose por toda la tierra; él describe á Jesucristo en los términos siguientes (7): „Su semblante „era muy hermoso; su estatura de siete espitamos completos (esto „es, de siete piés de á doce dedos cada uno); sus cabellos eran algo „rubios, no muy espesos, y un poco rizados; sus cejas negras y no en „figura de semicírculo; los ojos eran grandes y animados, de un co- „lor que se acercaba al amarillo; la nariz larga, la barba negra y „corta; sus cabellos eran largos, porque jamas se acercó á ellos la „tijera, ni tocó su cabeza otra mano que la de su Madre cuando „niño; su cuello no era rígido ni elevado; su aire nada tenia de al- „tanería ni fiereza, pues andaba con la cabeza un poco inclinada; „su tez era casi de color de trigo; el rostro no era redondo ni pun- „tiagudo, sino ovalado como el de su Madre, y bastante rojo. La „gravedad, la prudencia, la clemencia y la dulzura, se veian pintadas „en su semblante, y era perfectamente semejante á su divina Ma- „dre.” Tal es la idea que los Griegos del siglo XIV. tenian de la

[1] Ps. XLIV. 3.—[2] In Matth. IX.—[3] Idem, in Matth. XXI. 12. 13.—[4] Idem. Ep. ad Principiam.—[5] Damascen. de Orthodox. fide, l. IV. c. 17. Nicephor. Hist. Eccl. l. 2. c. 7.—[6] Nicephor. l. II. c. 43.—[7] Idem, l. 2. c. 40.

belleza de Jesucristo: ellos, le pintaban segun su gusto; y un hombre á quien conviniera esta descripcion, obtendria el título de muy bello en la Grecia.

San Bernardo (1) no dudaba que Jesucristo fuera hermosísimo, pues afirma que la multitud que le seguia durante su predicacion por las ciudades y aldeas, estaba aficionada á su persona por el atractivo de sus gracias y la amabilidad de sus discursos; que su voz era dulcísima, y muy agradable su presencia. Lo mismo asegura casi con las mismas palabras S. Juan Crisóstomo (2), diciendo que los pueblos estaban apegados al Salvador con la mayor ternura, sin cansarse nunca de verle ni de admirarle. Y en otro lugar (3), que estaba lleno de gracias, y que nadie podia verle sin amarle. Explicando el Salmo XLIV. con alusion al pasage en que Isaías dice que el Redentor debió aparecer sin brillo ni hermosura, añade: „Guardaos „de entender esto de la fealdad corporal; no quiera Dios que lo en- „tendamos en este sentido (4), sino solamente del desprecio que hizo „de cuanto el mundo estima, y de la humildad con que quiso de- „jarse ver.” San Basilio (5) dice que la divinidad del Niño Jesus se dió á conocer á los magos en el pesebre ó en la cuna, brillando como al travez de un cristal trasparente, y dejándose percibir á los ojos de los que tenian el corazon purificado.

Aelredo, abad de Reverbi (6), en la diócesis de York en Inglaterra, en el siglo XI., se adhiere á la opinion general de su tiempo sobre la hermosura de Jesucristo. Dice que teniendo doce años, y yendo con San José y la Vírgen á Jerusalem, como para conservar la pureza con que debian asistir todos á las sagradas ceremonias y participar de los sacrificios, acostumbraban caminar separados los hombres de las mugeres; el Niño Jesus se asociaba ya á los unos, ya á las otras, eximiéndolo su edad del rigor de la ley; que su belleza encantadora y sus modales llenos de gracias, le ganaban todos los corazones, y todos se juzgaban felices de tenerle á su lado, y competian en acariciarle y de tenerle consigo. Por eso creyendo su santa Madre que iba con San José, y San José al contrario, no advertieron su ausencia á la vuelta, sino despues de un dia de marcha.

San Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia (7) que floreció en el décimoquinto siglo, se explica así sobre la hermosura de Jesus: „¿Quién fué nunca mas hermoso? ¿Quién mas moderado ó modesto? „Todas sus costumbres eran puras, su paso grave, sus discursos elo- „cuentes, circunspectas sus palabras, severas sus correcciones, persua- „sivos sus consejos, su conversacion agradable, y respetable toda su „conducta. Sus miradas eran llenas de pudor y de bondad; la hu- „mildad y la dulzura le hacian amable á todo el mundo; sus labios „eran como lirios de que corria leche y miel, y de donde salian pa- „labras de vida eterna; su boca manifestaba los secretos de su co- „razon. El consolaba á los afligidos, encendia á los tibios, resucita-

[1] Serm. 1. in Festo omnium Sanctorum.—[2] Chrysost. in psal. XLIV.—[3] Idem, in Matth. VII. Homil. 28.—[4] Chrysost. in Psal. XLIV.—[5] Basil. de human. Christ. gener. ad finem.—[6] Aelred. Serm. seu tractatu de Jesu Duodecenni, Dominica infra Oct. Epiph. Credo in illo speciosissimo vultu tantam gratiae caelestis elegantiam refulsisse, omnium in se converteret aspectum, auditum erigeret, excitaret affectum. Cerne, quae, quemadmodum a singulis rapitur, a singulis trahitur; senes osculantur, amplectuntur juvenes, pueri obsequuntur, &c.—[7] Laurent. Justinian. tract. de casto Connubio.

„ba á los muertos, instruía á los infieles, y ganaba los corazones „de cuantos se le acercaban. ¡Quién no quedaria penetrado de amor, „teniendo la felicidad de ver al Verbo hecho carne, á la Sabiduría „encarnada, al Hijo único del Padre conversando con los pecadores? Aunque este autor insiste principalmente en las prendas del corazon y del espíritu del Salvador, no deja de darnos bastantes indicios de que creia que era el mas hermoso de los hombres. La práctica de todas las Iglesias que se esfuerzan en representarle con la mayor belleza posible, prueba que esta es una opinion general y fundada en la antigua tradicion, como las demas opiniones cuyo origen no puede asignarse.

Porque no podemos persuadirnos de que los antiguos se olvidaran de conservar el retrato de Jesucristo, ni de presentarle con exacta fidelidad. Algunos dan por cierta la historia del rey Abgaro, que quiso tener una imágen de este hombre Dios. Teofilacto dice que la muger á quien curó del flujo de sangre (1) le hizo erigir en reconocimiento una estatua que permanecia en tiempo de Juliano apóstata. Segun Lampridio (2), el emperador Alejandro Severo, aunque gentil, tenia en su capilla doméstica la imágen de Jesucristo con las de los dioses falsos y de los hombres grandes á quienes tributaba culto. San Ireneo (3) refiere que una muger cristiana de la secta de los carpocracios conservaba el retrato del Salvador junto con los de Homero y Pitágoras. En Roma se conserva una pintura de la Virgen con el Niño Jesus en los brazos, que se dice es de mano de S. Lucas. Y de ninguna manera es increíble que se haya conservado hasta nosotros en la Iglesia una tradicion constante sobre la forma exterior de Jesucristo.

Si un cierto aire de magestad, si la gracia en el hablar y el don de persuadir, hacen parte de la perfeccion de un hombre, no puede dudarse que Jesucristo tuvo estas cualidades en supremo grado. El Evangelio nos suministra de ello entre otras pruebas seguras, lo que hizo en el templo cuando arrojó de su fecinto á los que allí compraban y vendian (4). Sin armas ni autoridad de empleo público, los obligó á salir, y ninguno se atrevió á oponerle resistencia; bastó pues la magestad y esplendor de su persona para intimidar á aquellos mercaderes. Lo mismo podriamos decir de lo que acaeció en el huerto de las Olivas, cuando los soldados enviados á prenderle cayeron de espaldas con sola una palabra que pronunció (5). Otra vez que los Judíos enviaron gentes para apoderarse de él mientras predicaba (6), ninguno se atrevió á tocarle, y todos se volvieron diciendo que jamas habian oido hablar como él á ningun hombre.

Los mayores enemigos de Jesucristo y de la religion cristiana jamas le han vituperado por su presencia, ni Juliano apóstata, ni los Judíos, ni los gentiles. Hubo quienes le calumniaran de hijo ilegítimo (7), de ignorante, de mágico, de seductor (8), de loco, energúmeno (9), profeta falso, gloton, ébrio (10), y de que fingia milagros. Los

(1) *Theophilact. in Lucam.*—(2) *Lampridius in Alexandro.*—(3) *Irenaeus, lib. i. ubi de haeresi Carpocrat. Epiphan. de Haeres. lib. i. August. de Haeres.*—(4) *Matth. xxi. 12. Joan. ii. 14. 15.*—(5) *Joan. xviii. 6.*—(6) *Joan. vii. 44. et seqq.*—(7) *Tertull. de spectaculis, c. 30. Hieron. ep. 1. ad Heliodor.*—(8) *Cyrril. l. 5. tom. 1. in Isai. Procop. in cap. lxx. Isai.*—(9) *Matth. xi. 18. Justinian. Dialog. cum Tryph.*—(10) *Matth. xi. 18.*

Judíos (1) han compuesto historias absurdas de su nacimiento, de su vida, de sus milagros y de su muerte; pero ninguno ha dicho que fuera deforme ó de presencia desagradable; prueba de que no hallaron fundamento alguno en que apoyar esta acusacion.

Si Jesucristo hubiera sido de mala figura, los evangelistas, los apóstoles é historiadores eclesiásticos no habrian dejado de mencionar esta circunstancia digna de consideracion: ellos nos describen aun el traje de S. Juan Bautista, y hasta las menores circunstancias de su nacimiento, como todas las de la vida y muerte del Salvador. La clase de sus vestidos, su túnica sin costura, sus fatigas, sus comidas y su descanso; ¿por qué no habian de hablar de una cosa de mas interes é importancia?

Si Jesucristo hubiera sido deforme, habria sido, ó por eleccion considerándole como Dios, ó por necesidad natural como puro hombre; pero ni uno ni otro puede admitirse. Jesucristo no debió escoger la fealdad que para nada conducia, y que de algun modo dañaba á sus intentos, inspirando á los pueblos aversion y desprecio hácia su persona, lo que seria un obstáculo para enseñar y atraer á los pueblos, á cuyo fin debió tener presencia agradable y locucion fácil y graciosa.

Santo Tomas (2) ha probado bien que Jesucristo en su encarnacion tomó los defectos comunes de la naturaleza humana; que se sujetó á padecer hambre, sed, fatiga, sueño; pero no los defectos particulares que suele haber en la especie humana, como el ser cojo, ciego &c; y ménos los que eran contrarios á sus fines, en cuyo número debe contarse la deformidad. Si quieren decirnos que pudo tomarla por un espíritu de humildad y penitencia para satisfacer á la justicia de su Padre, y enseñarnos á despreciar la hermosura corporal, como nos enseñó con su pobreza, á despreciar las grandezas, las riquezas y la gloria, podrémos oponer que por esa razon, habria tomado todas las enfermedades y defectos corporales, lo que seria absurdo y ridículo.

No queremos decir (3) que la hermosura de Jesucristo fuera una belleza afeminada, mundana y propia para inspirar pasiones peligrosas, esta no le habria convenido. ¿Qué habrian dicho sus enemigos viéndole seguido de mugeres, hablando á todo el mundo, alojado en casa de Marta y de María, y permitiendo que una muger lavase sus piés con sus lágrimas y los enjugara con sus cabellos (4), y que otra derramase sobre su cabeza perfumes preciosos? Esto habria dado ocasion para acusarle de que daba pábulo á pasiones criminales, y no leemos semejante acusacion; su belleza pues, era varonil y conveniente á su edad, á su caracter y empleo, y consistia en la justa proporcion de sus miembros, en la magestad de su semblante, en el brillo de sus ojos, y en un exterior inexplicable que causaba respeto y amor á los que le veían y escuchaban.

Estas son las mejores razones que se alegan en favor de la hermosura de Jesucristo; suelen añadirse algunas apariciones en que se

(1) *Vide Toledos Jesu, y Basnage, Hist. de los Judios, l. vi. c. 27. 28.*—(2) *D. Thom. 3. part. qu. 14. art. 4.*—(3) *Vavassor, de Forma Christi, c. 3. p. 100. 101.*—(4) *Matth. xxvi. 7. Luc. vii. 37. 38.*

ha dejado ver con una belleza divina, superior á la de todos los hombres. Pero estas pruebas no tienen fuerza, porque debe admitirse grande diferencia entre Jesucristo viviendo sobre la tierra, y el mismo glorioso y reinando en el cielo, sin contar con que en semejantes visiones influye mucho la imaginacion de las personas que las tienen, y que ven ordinariamente las cosas conforme á su preocupacion y á la disposicion en que se hallan. La sentencia que defiende que Jesucristo era muy hermoso, es la mas extendida y proporcionada al gusto general, particularmente de las personas devotas, y dedicadas á la oracion.

III.
Opinion de los que creen que Jesucristo no tuvo un exterior hermoso.

La sentencia contraria es mucho ménos popular. Pocos cristianos hay que no se interesen en defender la hermosura del Salvador, y que no sientan una especie de indignacion cuando entienden que se niega ó se duda de ella. Los púlpitos resuenan con los elogios de este hombre Dios, el mas hermoso de los hijos de los hombres; los libros piadosos y devotos á cada paso lo repiten; es preciso confesar sin embargo, que las razones contrarias son á lo ménos tan fuertes como las que hemos referido en favor de la afirmativa.

Isaías, hablando del Redentor del género humano, le describe en estos términos: *Mi siervo, dice el Señor, será grande y elevado, y llegará á la cumbre de la gloria. Al modo que tú, ó Jerusalem, fuiste el asombro de muchos por tu desolacion, así su semblante será mas desfigurado que el de ningun otro; y su figura será despreciable entre los hijos de los hombres. El purificará muchas naciones, y los reyes guardarán silencio en su presencia, porque aquellos á quienes no habia sido anunciado, le verán, y los que no habian oido hablar de él le contemplarán. ¿Quién ha creído nuestro anuncio, ó á quién se ha revelado el brazo del Señor? El crecerá como un árbol pequeño y como una raiz en tierra seca: su aspecto no es hermoso ni brillante. Le hemos visto, y nada hay en él que atraiga nuestras miradas ni que nos le haga parecer amable; le hemos visto como si fuera un objeto de desprecio, el último de los hombres, varon de dolores y que sabe lo que es padecer. Su semblante como cubierto de vergüenza, por lo cual no hicimos aprecio de él. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó con nuestras penas; pero nosotros le hemos considerado como un leproso, y como á hombre herido por Dios, y humillado; siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué llagado, y despedazado por nuestras maldades (1).*

Este pasage es tanto mas fuerte cuanto habla de Jesucristo á la letra, segun el consentimiento de los padres y comentadores, de manera que no puede aplicarse á ningun otro. Aquí se dice, y repite claramente, que no tenia hermosura ni gracias, ni nada que le hiciera amable. El Evangelio nos dice que María Magdalena viéndole despues de la resurreccion creyó que era un jardinero (2). En ninguna parte del Evangelio leemos que fuese hermoso, ántes por el contrario, parece que los evangelistas cuidaron de individualizar las circunstancias de su transfiguracion (3) para darnos á entender que entónces apareció en un estado del todo diverso del ordinario.

(1) *Isai. lxxiii. 13. 14. 15. et lxxiii. 1. et seqq.*—(2) *Joan. xx. 15.*—(3) *Matth. xviii. 2. Marc. ix. 1. Luc. ix. 29.*

Abrabanel (1) reconoce que el pasage de Isaías á la letra, designa un hombre mal hecho, feo, melancólico, y de un temperamento débil; pero al mismo tiempo dice que segun los sabios cristianos, Cristo era hermoso, bien hecho y amable; y se aprovecha de esta confesion, para inferir que este texto no se refiere al Mesías. El discurre mal, pero consiguiente al modo de pensar de los Judíos.

Los mas antiguos padres, cuyo testimonio debe ser de gran peso en esta materia, pues en su tiempo la tradicion era mas pura, como que se hallaba mas cerca de su origen y podian mejor existir los monumentos contemporáneos á Jesucristo, enseñan que no era hermoso. San Ireneo (2) dice que Jesucristo en cuanto hombre apareció sin belleza, sujeto á los tormentos, montado sobre un asno; pero como Dios, es santo, admirable, hermoso &c.

Celso objetaba á los Cristianos (3) que Jesucristo era pequeño, de mala figura (*), de un nacimiento bajo y obscuro, y esto era la voz comun; y de aquí inferia el mismo Celso que Jesucristo no era Dios, porque si lo fuese, se habrian advertido algunos indicios en su estatura, en su fortaleza, en su presencia, en su voz, y en el ascendiente de su elocuencia que debia ser muy superior á la natural.

Orígenes contestaba (4) que á la verdad estaba anunciado que el cuerpo de Jesucristo no seria hermoso; pero no que él hubiese de ser de un origen bajo, obscuro y despreciable, ni de una estatura mezquina, pues Isaías solo habia dicho que el Salvador, durante su vida mortal, no se distinguiria ni por la belleza de su semblante, ni por las cualidades extraordinarias de su cuerpo. Orígenes, pues, confiesa que nada habia en su exterior que pudiera distinguirlo, ó dar motivo á que se le tuviese por mas que un hombre.

San Clemente Alejandrino (5), anterior á Orígenes, dice que Isaías habia anunciado claramente que el Salvador se dejaria ver en un cuerpo sin hermosura. „Le hemos visto, dice este profeta, sin brillo ni hermosura; su exterior nada tenia que no fuese despreciable, él parecia el último de los hombres.” Si la belleza fuera un bien, „¿quién la mereceria mejor que el Señor? El tenia no la hermosura de la carne que se presenta á los ojos, sino la verdadera hermosura de alma y cuerpo. La del alma consistia en su inclinacion á hacer bien á todo el mundo, y la del cuerpo en la inmortalidad.”

En otra parte dice (6) que segun el pensamiento de un filósofo, el sabio es siempre hermoso, y se puede asegurar lo mismo de los justos, aun cuando tengan el cuerpo feo, porque sus costumbres son santas y arregladas, y alude al pasage citado de Isaías. En otro libro dice, que el gefe de la Iglesia vino en una carne sin hermosura corporal, para enseñarnos á levantar nuestros corazones á los objetos invisibles y desprendidos de la materia (7): „Por eso, añade, el Señor quiso aparecer en una figura vil y despreciable, para que el hombre no dejase de atender á la palabra de Dios, y no per-

(1) *Abrabanel in Isai. lxxiii.*—(2) *Iren. l. 3. c. 19. olim. c. 21. p. 212. nov. edit.*—(3) *Orig. contra Cels.*

* Esto contradice abiertamente á lo que se ha dicho en esta misma Disertacion. (E. T.)

—(4) *Orig. contra Cels.*—(5) *Clem. Alex. Padagog. l. 3. c. 1.*—(6) *Clem. Alex. lib. i. Stromat.*—(7) *Idem, l. iii. Stromat.*